

Los vencedores, de los cuales ninguno había salido ileso, estaban demasiado rendidos para emprender la persecución del enemigo, y se retiraron por lo tanto á su campamento, situado sobre una eminencia.

Al siguiente día envió Cortés un nuevo mensaje á los caciques de Tlascala pidiendo nuevamente que le concedieran permiso para atravesar pacíficamente por su república, amenazándoles con la ruina total de su ciudad si no accedían á su ruego. Los enviados hallaron á los grandes de Tlascala reunidos en consejo con el senado. Uno de los primeros, el anciano Maxixcatzín, opinaba que debía accederse á la petición de los españoles; pero los partidarios del joven Xicotencatl, que estaban en mayoría, ardían en deseos de vengar la ofensa recibida por medio de una brillante victoria.

Los adivinos y sacerdotes del lugar decían que los españoles no eran *Teules* (dioses), sino seres humanos que debían su fuerza sobrenatural á los rayos del sol, y que, en poniéndose este astro, desaparecía aquella y tenían que rendirse irremisiblemente á un ataque nocturno.

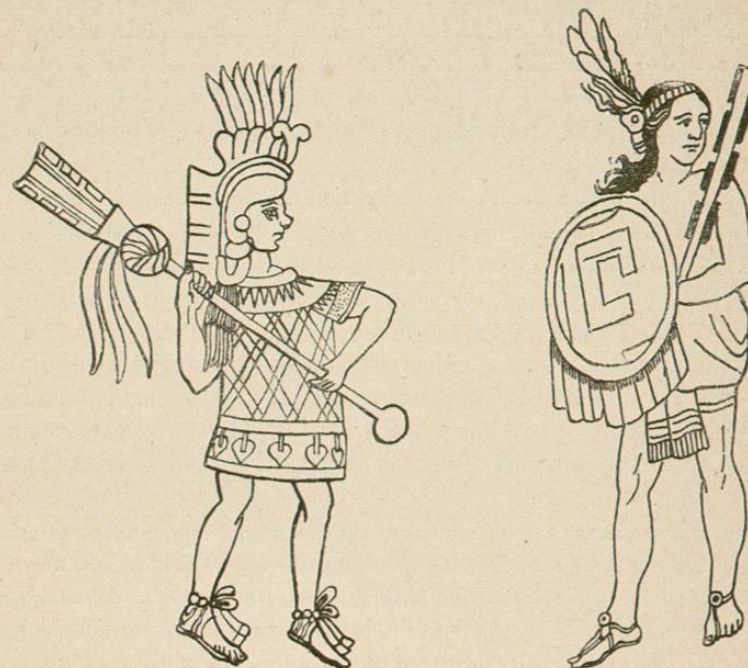
Esta superchería los iluminó, decidiendo proseguir la guerra y ordenando á Xicotencatl que atacase por la noche, al frente de 10,000 guerreros, el campamento de los blancos. Por fortuna para éstos, no sólo descubrióse á tiempo el nocturno avance de los tlascaltecas, sino que pudieron rechazarlo tan brillantemente, que el ejército de Xicotencatl dispersóse emprendiendo precipitada fuga.

Por tercera vez envió Cortés una embajada al consejo de la república, y después de mucho trabajo se logró que cediese Xicotencatl á los ruegos de los senadores y del consejo, y admitidas al fin las ofertas amistosas de Cortés, hízose la paz. No sólo los senadores, sino también el valiente Xicotencatl, dirigiéronse al campamento español, vistiendo mantos mitad blancos mitad de color en señal de paz. Xicotencatl, que era hombre alto y fornido, de ancho pecho, y de unos 35 años de edad, y cuyo severo rostro mostraba huellas de graves cuidados, tomó la palabra para explicar las causas de la guerra. «Creímos, dijo, al veros venir en compañía de súbditos de Motezuma, que traeríais las mismas intenciones que los aztecas. Por lo tanto, tratamos de combatiros, aunque inútilmente, pues sois invencibles. Ahora que os conocemos deseamos merecer vuestra amistad, esperamos vuestra protección contra los alevosos mexicanos, y os ofrecemos nuestros servicios. Tan constante y decidida como has visto á mi gente en el combate, la hallarás también en la paz.»

Esta explicación satisfizo grandemente á Cortés, pues desde mucho tiempo antes había comprendido que no podría someter sólo con sus propias fuerzas el poderoso reino azteca. Si para vencer á la pequeña república había necesitado emplear todos sus recursos, debiendo la victoria á

la reunión de las más favorables circunstancias, ¿cómo había de aventurarse con su pequeña hueste á desafiar á los ejércitos poderosísimos que llevaría al campo Motezuma?

Así es que no sólo aceptó con júbilo la amistad, tan difícilmente conquistada, de los orgullosos habitantes de la montaña, sino que trató de



Guerrero armado con el Cuanholloli

Tlascalteca armado con el Maquahuítl

(De antiguas pinturas mexicanas)

asegurarla más y más. Y en efecto, sin la poderosa ayuda de los tlascaltecas, sin su fidelidad, que no vaciló ni aun en los días de mayor desgracia, difícilmente hubiera podido llevar á cabo Cortés aquella grande obra que llegó á constituir el único objeto de su vida.

El día 23 de septiembre del año de 1519, ó sean veinticuatro días después de haber llegado á la frontera del país, fué cuando entró el conquistador á la cabeza de su hueste en la capital de la república de Tlascala. Tanto las calles como las terrazas de las casas estaban cuajadas de gentes vestidas con sus trajes de fiesta, las cuales arrojaban á los forasteros olorosas flores de diferentes colores. Cortés fué recibido con la mayor solemnidad por los nobles del pueblo, que le guiaron á una espaciosa sala y le obsequiaron con un suntuoso festín.

Tlascala era en aquel tiempo una de las más importantes ciudades de México. En una carta dirigida por Cortés al emperador Carlos V la antepone á Granada, y dice que aún estaba más fuertemente defendida y poblada que ésta. Menciona también que poseía una gran plaza, en la cual se reunían diariamente más de 30.000 personas, vendiéndose allí toda clase de víveres, prendas de vestir, joyas de oro adornadas con piedras preciosas, leña, carbón, excelentes trabajos de alfarería, en una palabra, todo lo necesario á satisfacer las necesidades de la vida. Dice que había también baños y barberías, en las cuales podía uno mandarse lavar la cabeza y cortar el pelo; alaba además el orden perfecto que reinaba, mantenido por una excelente policía.

Las casas de la ciudad estaban hechas de adobes y de ladrillos de arcilla, materiales que se emplean aún en México para la construcción de edificios. Sólo las casas de los nobles eran de piedra. Las entradas estaban ocultas por unas esteras provistas de flecos de cobre cuyo sonido anunciaba la entrada de los visitantes (1).

Por espacio de bastantes semanas disfrutaron los españoles de la hospitalidad de los tlascaltecas, procurando por todos los medios afianzar más y más el pacto hecho con ellos, y viendo con gran alegría que los caciques les llevaran sus más hermosas hijas para unir las en matrimonio con los oficiales.

La noticia de las repetidas victorias de los españoles sobre los tlascaltecas aumentaban de día en día en Motezuma la creencia de que los forasteros eran en realidad aquellos hombres que, según la profecía, habían de ser causa de su ruína y la del reino. Que debían ser seres muy poderosos lo demostraba el hecho de haber sometido á la república de Tlascala, cosa que no había podido conseguir él, ni aun poniendo en juego toda su fuerza. De carácter débil é indeciso por naturaleza, envió nuevamente una embajada provista de ricos regalos á Cortés, felicitándole por la rendición de Tlascala, y añadiendo que él también quería ser vasallo del emperador Carlos V y que señalase el tributo que tenía que

(1) Hoy día está situada Tlascala al lado de la parte baja de las grandes líneas férreas que van á México y á Puebla, siendo una capital de provincia de escaso movimiento, que cuenta escasamente de 4.000 á 5.000 habitantes. Del mismo modo que los numerosos restos de ruínas dejan ver aún claramente su pasada grandeza, también el carácter de la comarca es el mismo de antaño, con la sola diferencia de que en el lugar ocupado por los Teocallis, en los que se verificaban los sacrificios humanos, se elevan ahora iglesias cristianas. Algunas reliquias recuerdan aún aquella gran época en la que se decidió el destino de México, y en el archivo de la ciudad se conservan no sólo los documentos, adornados de hermosas pinturas, por los cuales concedieron Carlos V y Felipe II valiosos privilegios á la ciudad de Tlascala, sino también el árbol ge-



Motezuma

(Grabado de la «Historia de la Conquista de México,» de Antonio de Solís)

pagar. Que desistiese, por lo tanto, de proseguir su marcha hacia Tenochtitlán, pues ésta no sólo era empresa sumamente peligrosa, sino que tendría que pasar muchos trabajos y privaciones antes de terminarla.

Cortés, por el contrario, despidió á la embajada declarando con gran decisión que su señor le había ordenado que visitase á Motezuma en su capital, y que estaba decidido á cumplir su mandato.

En Tlascala informóse más Cortés de la fuerza y estado del reino azteca. Dijéronle los tlascaltecas que Motezuma disponía de tan considerables huestes, que para cada campaña aparejaba cien mil hombres. Que tenía fuertes guarniciones en todos los países por él conquistados, y que todos ellos tenían que dar como tributo grandes cantidades de oro, plata, plumas, piedras preciosas, tejidos y esclavos; estos últimos eran destinados especialmente á ser inmolados en honor de los dioses. Que Motezuma era tan poderoso y fuerte que llevaba á cabo cuanto quería, y su corte tan fastuosa que no podía describirse su grandeza. Que la capital estaba sumamente fortificada y construída en medio de un profundo lago, de tal modo que sólo por medio de diques podía llegarse á ella, pues sus travesías estaban cruzadas por muchos puentes, que, una vez levados, dejaban la ciudad sin comunicación alguna con la tierra, rodeada de agua é inaccesible. Todas las casas eran pequeños fuertes y tenían terrados ó azoteas provistos de parapetos, desde los cuales podían los aztecas rechazar con éxito cualquier ataque enemigo.

Mucho satisfizo á los españoles ver confirmada la noticia de que Motezuma y su pueblo eran profundamente odiados por todas las tribus sometidas á su poder, y que sólo á la fuerza satisfacían el tributo que les imponía. Con este odio contaba Cortés, cuyo plan era azuzar á los diferentes pueblos contra los aztecas para luego poder destruir con más facilidad su debilitado poder.

Ocupábase en los preparativos de marcha cuando fué sorprendido Cortés por otra embajada de Motezuma, que esta vez, contra su costumbre, no sólo daba la más cordial bienvenida á los españoles, sino que les invitaba á visitar su capital; añadiendo además que no cerraran trato alguno con los salvajes tlascaltecas, sino que se pusieran en marcha cuanto antes para dirigirse á la ciudad de Cholula, situada á seis horas de distancia al Sur de Tlascala, donde hallarían la más cordial acogida.

---

nealógico de Xicotencatl pintado sobre un tejido hecho de agave, los retratos de los cuatro caciques que gobernaban la república, y el estandarte que llevaba Cortés en la batalla decisiva dada el 5 de septiembre del año de 1519. Aún coronan las ruinas del palacio de Xicotencatl la cima del cerro de San Esteban, que domina la llanura de Tlascala.

En vano aconsejaron los tlascaltecas á Cortés que no aceptase la invitación, detrás de la cual sospechaban hubiese una emboscada contra sus nuevos aliados, pues no se dejó convencer y emprendió la marcha hacia Cholula. Esta ciudad, que contaba unas 20.000 casas, hacía mucho tiempo que estaba sometida á los aztecas, y pasaba por el centro comercial más importante y grande de la alta llanura. A causa de sus hermosos objetos de metal, fabricaciones de algodón y alfarería, era célebre Cholula en todo el país, y más aún á causa de ser el santuario del dios Quetzalcoatl, en cuyo honor se había erigido al extremo de la ciudad un inmenso y piramidal edificio. Sobrepujando en circunferencia y magnitud á las grandes pirámides de Egipto, elevábase esta construcción, hecha de adobes y revestida de estuco, formando cuatro grandes terrazas unidas entre sí por escaleras hasta una altura de cerca de 65 metros, en cuya plataforma superior veíase un magnífico templo que guardaba la colosal figura de Quetzalcoatl, *el dios del viento*. La cabeza de esta estatua estaba adornada con ricas plumas; una cinta de oro le rodeaba el cuello, y en las orejas llevaba magníficas turquesas, en una mano un valioso bastón de mando, y en la otra un escudo de magníficos colores.

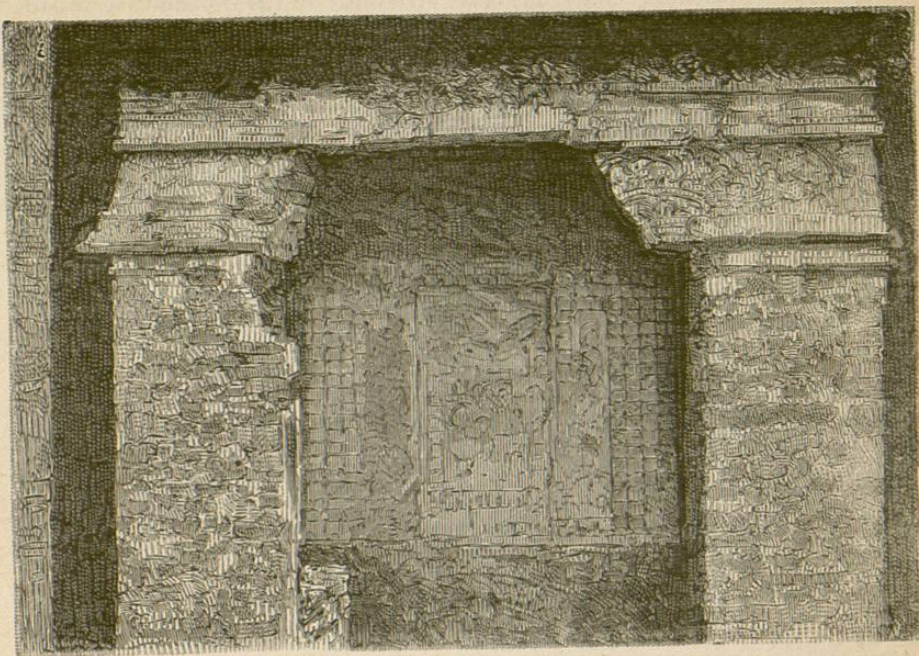
Además de este santuario, lugar de peregrinación de todos los devotos de la planicie de Anahuac, contaba Cholula con otros templos dedicados á distintas divinidades, y, según dice Díaz del Castillo, centenares de altas torres y templos de sacrificio con figuras de ídolos. Y añade: «La ciudad nos pareció lo mismo que Valladolid, lo cual nos admiró mucho.»

Desde la plataforma del gran templo se disfrutaba del magnífico panorama que ofrecían los alrededores. Hacia el Sur y Oeste se extendían dilatadas y fértiles llanuras cuajadas de jardines, y campos en los que crecían sabrosas y finas judías, y los agaves de que se hace el maguey, bebida nacional de México. Veíanse grandes selvas en que se criaba el ají ó chile, pimiento azteca, y había también grandes espacios llenos de cactus de brillantes flores y donde se cultivaba la costosa cochinilla. Gran contraste formaban con estas bendecidas llanuras los dilatados y selváticos terrenos montañosos que se extendían hacia el Noroeste, Norte y Nordeste. Cuatro grandes gigantes de roca divisábanse también á lo lejos; á mayor distancia aún el nevado pico del Citlaltepétl, y hacia el Nordeste las pintorescas cúspides del Matlalcueye (1); á la izquierda elevábanse dos elevadísimos volcanes unidos en su cúspide, el Popocatepetl y el Iztaccihuatl, como una inaccesible pared ante el valle de México. Grandes

(1) Hoy lleva este monte, en recuerdo á la hermosa intérprete y manceba de Cortés, el nombre de Sierra Malinche, que era el que daban los tlascaltecas á doña Marina, al paso que á Cortés le llamaban Malintzín, *el dueño de Malinche*.

columnas de humo salían del nevado pico del primero, elevándose sobre las nubes, lo que originó gran asombro en los europeos, que hasta entonces no habían visto ningún volcán.

Todo el día marcharon los españoles por este grandioso paisaje acompañados por un ejército tlascalteca de algunos miles de hombres, ejérci-



Santuario del interior del templo del Sol en Palenque

to puesto por los jefes de la república á disposición de Cortés. Por la tarde llegaron los aliados ante Cholula (1), la meca de los indios de Anahuac, siendo recibidos por gran número de nobles y sacerdotes que, al son de las trompetas y tambores que usaban para el servicio del templo, y entonando cánticos, condujeron á los españoles á la ciudad y los alojaron en las habitaciones dispuestas de antemano para ellos. Por deseo de los cholulas quedáronse los tlascaltecas que acompañaban á Cortés en las afueras de la ciudad en un campamento preparado á toda prisa. Después de permanecer los españoles algunos días en la ciudad, comprendieron que la sospecha de los tlascaltecas acerca la traición de sus vecinos era fundada. Misteriosos enviados de Motezuma iban y marchaban sin ver á

(1) Cortés llama á esta ciudad Churutecal en las cartas dirigidas á Carlos V.